



## NUESTROS REPORTAJES

## El comandante Franco cuenta cómo se evadió de Prisiones Militares

(DE NUESTRA REDACCIÓN EN MADRID)

Han pasado unos meses, no muchos, y el «cuadro» ha variado por completo. Antes el comandante Franco en «cavernas militares», ahora en el amplio y lujoso despacho de la Jefatura Superior de Aeronáutica, y antes como ahora, Ramón siempre cordial y cariñoso, sin engreirse de su cargo, cuando tampoco se envaneció antes cuando el mundo entero cantaba la proeza del «Plus Ultra».

Ramón Franco, hombre recto de convicciones firmes, ha logrado ser en todos los continentes el héroe popular de los grandes gestos. Su pericia como aviador controlaba en diversas ocasiones y su rebeldía ante la política tiranizante de la monarquía pasada, le han colocado en el alto cargo que hoy ocupa, como meta feliz a su espíritu organizador y as entre pilotos.

Durante un descanso en sus múltiples tareas, me recibe sin larga espera y Franco, fuera de la «mesa oficial», muellemente sentado en amplio butacón, saluda con una franca carcajada...

— ¡Hola! ¿Qué te trae por aquí?

— Verte y charlar un rato contigo.

— ¿En plan de intervistá?

— ¡No!

— ¡Ah! bueno. Es que si vienes en plan de periodista no despego los labios.

— Nada de eso. Vengo en plan «particular».

Encendemos sendos y cromáticos cigarrillos y Ramón Franco comienza a recordar el episodio de su vida que más profunda huella le dejó marcada. Charlamos y Franco habla, recuerda y dice:

— El plan de evasión lo tenía bien madurado. Durante varios días había almacenado sierras, cuerdas, pistolas, bombas de mano, etc. y decidí hacer deporte para adelgazar.

Logré con aquellas carreras de que te hablé aquel día que me visitastes, interesar a mis compañeros de prisión y con ello perdí ocho kilos y logré gran agilidad. Para la marcha teníamos llamados los barrotos de la reja que dá al patio donde «recrea» la tropa, pues teníamos el propósito de «salir» por allí; pero luego cambiamos de idea y procedimos a limar los de la capilla, que nos costó gran trabajo, por ser mucho más duros. Entre tanto y por declaraciones y artículos que dí a la

Prensa, me hicieron muchas «visitas» y era peligroso el tener el arsenal en la alacena. Durante una noche lo trasladé a la capilla, colocándolo debajo del altar, donde los domingos se decía misa, ignorando todos que el sacrificio se celebraba «sobre un volcán».

La operación de limar los barrotos se llevaba a efecto de dos a tres de la madrugada, aprovechando la hora en que trabajaba la máquina amasadora de la tahona de la calle del Rosario, que producía un ruido monorrítmico muy apropiado para nuestra faena.

Esto lo podíamos hacer a esas horas después de encerrarnos, pues provisto de llaves falsas lográbamos una libertad, muy relativa, para conseguir la verdadera.

Los últimos días fueron de mucho nerviosismo, las visitas que me hacíais os lo agradecía bastante, pero en alguna ocasión hubiera deseado estar solo.

Por fin, Reyes y yo decidimos hacer el «ensayo general» y avisamos a Rada.

Efectivamente; a la hora señalada acudió Pablo. Era una noche como pocas; por primera vez una densa niebla protegía nuestros planes. Reyes y yo sentimos no haber designado ésta para nuestra fuga. El Ayuntamiento de Madrid, ávido de ahorro, sume a la calle del Rosario en tinieblas. Por fortuna el farol de frente a la ventana era de los que tocaba apagar. A la una y media pasó la pareja de servicio de la Guardia civil y a las dos Pablo con el «auto» y el hermano de Reyes.

Paró el coche al lado de la garita, dejó el motor en marcha y se acercó al centinela para pedirle una cerilla. Aprovechó esto para comprobar que el centinela, deslumbrado por los faros,

no veía lo que pasaba detrás del coche. El ruido del motor despertó a los vecinos que se asomaron al balcón alarmados; lo que nos sirvió para rectificar y acordar evadirnos más tarde. Al mismo tiempo el motor debía hacer menos ruido y colocarse el «auto» más cerca de la ventana.

Mientras tanto, unos grupos de paisanos armados y provistos de bombas de mano, vigilaban las puertas de Prisiones y del cuartel para evitar que una alarma imprevista hiciera fracasar la fuga. Le arrojamos a Pablo envuelto en un pañuelo las instrucciones para el otro día, y como este mensaje no fué visto, tuve que arrojar otro que sirvió para encontrar el primero.

Al día siguiente, domingo, las horas transcurrían con una lentitud crispante y no agradecíamos las visitas. Mi familia fué la encargada de sacar mi ropa con pretexto de mi anunciado traslado...

Franco hace una pausa y nota que el cigarrillo se le consumió entre los dedos; enciende otro y prosigue:

— Los trabajos nocturnos, que hacíamos descalzos para apagar el ruido de las pistolas, nos costó más de un resfriado.

El domingo, como siempre, se dijo misa en la tranquilla capilla y aquella noche comenzamos a trabajar antes. Nos metimos en los bolsillos nuestro «bagaje», sin olvidar las bombas ni las pistolas que estaban ocultas en el altar y procedimos a terminar la obra de cortar por su parte superior el barrote de hierro ya segado por abajo. Esta faena duró

algún tiempo, pues contra lo que creíamos, estaba muy sujeto, hasta que decidió romperse.

Por no poder llevarlo dejé en la celda varios objetos de mi uso y enclima de la mesa mi testamento al coronel y una nota al oficial diciéndole que le dejaba un «paquete», que ya sabes—nos aclara Ramón—que en nuestro «argot» significa un arresto. Seguidamente, y después de dejarles unas notas de despedida a nuestros compañeros de prisión, escribí la carta célebre a Berenguer, donde le decía aquello del «yunque» y el «martillo». Arrojamus la cuerda al exterior después de cerciorarnos que Pablo y Reyes nos esperaban con el coche.

Rada repitió la escena de la cerilla al centinela y entró en la panadería por unas tenazas, sin perder de vista al centinela para evitar que disparase el fusil en caso de descubrirnos. El hermano de Reyes tomó «posiciones» detrás del coche, con objeto de detener al que quisiera pasar por aquellos lugares.

Había llegado el momento cumbre, el momento de emoción. En la calle todo preparado: el coche, los amigos con bombas de mano, la cuerda echada, etc., pero el centinela, que se conoce era un «novato», no hacía más que mirar a uno y otro lado, que fué verdadero milagro que no nos viera.

Con gran trabajo salí a la parte de fuera de la ventana y comencé el descenso saltándome el corazón del pecho; pero al llegar dos o tres brazadas más abajo, la cuerda, toda llada, me cortó el descenso; tuve que quedar

me en una mano para desenredarla, y en este momento sentí el peso de Reyes que se había deslizado sin darse cuenta de lo que pasaba.

Quise hablar y se me cayó la cachimba que tanto quería y que me sirvió de mascota en el «Plus Ultra».

De no haber estado con tanto ejercicio como había hecho durante mi prisión, me hubiera pasado algo desagradable.

Ya en el suelo, recogimos la cuerda, nos metimos en el coche y cuando Pablo salía de la tahona, la «faena» estaba terminada...

Ramón Franco respira fuertemente, fuma y echa grandes bocanadas de humo, como si al solo recuerdo hubiera recobrado la libertad.

— Después, nada; con el claxon avisamos a los amigos que podían marcharse y tras de un paseo por Madrid, libres ya, nos reclusimos en el nuevo encierro, que tenía de agradable el ser voluntario. Lo demás ya lo sabes: sobresaltos, imprudencias y mi vuelo sobre Madrid cuando la sublevación de Cuatro Vientos...

Hemos permanecido con Franco más de una hora; con su verbo cálido y lleno de vida nos ha tenido durante todo ese tiempo abstraídos.

MI palabra está cumplida: «esto no ha sido una intervistá», puesto que hay total ausencia de preguntas y que... además, que todos estamos en el secreto.

¡Ah! ¡Se me olvidaba! Agradecido por las «latas» que en aeronáutica me aguantan La Fuente, Areal, González, el oficial piloto a las ordenes del director Valle, y al ayudante capitán Páramo, un apretón de manos.

F. BRUNO DE PERINAT

A las puertas de la Feria Ya comienzan a actual las atracciones

La Feria, nuestra gran Feria de Mayo, está en puerta. Se advierte gran actividad en la población con la llegada de forasteros y el revuelto que de fachadas. El comercio también se prepara para estos días, arreglando sus escaparates y adornando las muestras de los establecimientos. Desde el anoche, nuestras calles presentan un aspecto alegre, gracias a las iluminaciones que empiezan a lucir.

Pero la parte esencial de la Feria la integran desde luego las corridas de toros, las barracas de atracciones. De estas últimas ya hay muchas instaladas. En el Paseo del Peregril ya funcionan la ola, el carrusel de los caballitos y pronto abrirán sus puertas los palacios de la risa, los salones humorísticos y tantos otros donde tendrá expansión el regocijo popular.

También en el Paseo del Peregril se están instalando dos circos. El de Borza, ya terminado, abrirá sus puertas al público esta noche, a las diez, presentando sensacionales atracciones.

Y así va avanzando la Feria, hasta que lleguemos los días de su apogeo con las grandes corridas de toros, los balles en los Circuitos, las funciones del Gran Teatro, el Rodeo con su aristocrática caseta de Concordia y otra infinitad de festejos que harán las delicias de todos y proporcionarán expansión a los forasteros.

Todos los días puede merendar en

El Mercant

## Telesforo Díaz y Muñoz

APODERAMIENTO DE MUNICIPIOS

Apartado de Correos núm. 11

— CÁ CERES —

Teléfono núm. 329

Instituto, número 6

## RECAUCHUTADOS

## A U T O G O M

Casas de Carrasco, 50 - Cáceres

En breve quedarán instalados estos grandes talleres para recauchutados y reparaciones de neumáticos.

Maquinaria ultramoderna-Seguridad-Garantía

No se admitirán trabajos de dudoso arreglo

SE RECAUCHUTA EN TODAS LAS MEDIDAS

Fábrica de Muebles y Almacén de Maderas  
MARCOS MARIÑO  
CEMENTOS, YESOS, AZULEJOS, CAÑIZO  
CUARTOS DE BAÑO  
y toda clase de materiales de construcciones  
Oficinas y Exposición, FÁBRICA, 147.  
AVENIDA DE LUIS DE ARMIZAN, 1, OFICINA, 40.  
Fábrica y Almacén de Maderas. — CÁ CERES —  
CAJETERA DE MADRID











